

Enrique Espinoza

Gino el mozo

A Félix y Margarita, filialmente.



ESTE relato debería llevar el nombre del barco italiano que nos condujo de Buenos Aires a Gibraltar, porque son las incidencias de quince días a bordo del «Neptunia», precisamente, lo que me propongo contar aquí. Pero como fué Gino, el mozo que nos servía en el segundo comedor de la *terza*, quien encarnó una vez al dios epónimo, si aun puede decirse así, creo mejor hacerlo bajo el patrocinio de este humilde anfitrión...

¿Por qué se pone el nombre de los arquitectos en los frentes de las casas y no el de los constructores en las proas de los barcos?

Siempre me ha parecido injusto dejar en el olvido a quienes ocupan en nuestra mente el primer plano. La historia de los hombres suele cometer a menudo este desliz. A la historia del hombre corresponde repararlo. Sobre todo, en nuestro idioma español, tan realista, que no conoce la diferencia que en inglés separa *story* de *history*.

Por tanto, quiero destacar desde el título la importancia del personaje que un día por representar justamente al otro del mito o de la historia sirvió para unir durante un momento a todos los pasajeros del «Neptunia».

* * *

Nuestro primer recuerdo del barco cuando bajamos al camarote después de perder de vista las últimas luces de Buenos Aires, es el del ruido o susurro, más bien, que hace un curioso chisme incrustado en el techo como ojo de pájaro, ya que no de buey, pues nuestra cabina es interior.

Al apagar la luz para dormirnos, su murmullo persistente nos evoca aquel otro, tan parecido, de la máquina en el cine, cuando sobreviene, de pronto, una pausa en el silencio de la sala oscura.

Para desviar el aire que se filtra con demasiada bulla por ese ojo insomne, en dirección a nuestras cabezas, corremos un poco su párpado de metal hacia el lado opuesto.

Pronto nos dormimos al rítmico vaivén del barco que termina por distraernos de nuestra obsesión anterior.

Olvidado de todo, no dejo de experimentar cierta sorpresa a la mañana siguiente, al despertarme a bordo, en una litera alta, tocando casi el techo con las rodillas. Había estado soñando justamente lo contrario.

El calor nos hace saltar en seguida de las camas y lo primero que se me ocurre al darme cuenta de que el «Neptunia» acaba de anclar en el puerto de Montevideo, es descorrer el ojo metálico del pequeño ventilador, pues ya estamos transpirando.

Una hora más tarde, descendemos a tierra para refrescarnos y dar una vuelta por la famosa Atenas del Plata, aprovechando la estadía del barco hasta el anochecer.

Mi compañera había estado en Montevideo el año anterior y yo en fecha aun más reciente, así que no sentimos mayor curiosidad por ver los últimos adelantos edilicios... Con todo, después de desayunarnos en un cafetín del puerto, nos largamos a recorrer los alrededores del cerro; y como la ciudad, o mejor dicho, su centro, no queda distante, pronto nos llegamos hasta la plaza Independencia, deslumbrante de bronce y de sol.

Pedazos del antiguo Buenos Aires en un orden distinto es el efecto que Montevideo hace a un porteño (los uruguayos prefieren llamarse ríoplatenses) desde su plaza central, donde monta altísima guardia el enorme, aunque no delicado, Artigas.

Ciudad de tránsito, Montevideo tiene algo de inestable a pesar de las grandes masas de cemento que se levantan aquí y allá para competir con su Palacio Salvo.

En las calles llenas de pasajeros o transeúntes en el verdadero sentido de estas palabras, las supervivencias

coloniales saltan por contraste más a la vista que en Santiago o Buenos Aires.

Por ejemplo, entrando por la calle Sarandí, que equivale a nuestra Florida o a la Ahumada santiaguina, mejor, el camino de la ventanilla de los timbres postales para Chile o Buenos Aires resulta un laberinto de escaleras y vericuetos, porque la verdadera entrada del edificio corresponde a una esquina de las calles traseras, sin importancia.

Una nota de color.

En la misma calle Sarandí, mientras contemplamos el retrato de una moderna Safo uruguaya que se exhibe de cuerpo entero en el escaparate de una librería, un negro dicharachero que confiesa haber cumplido los setenta, se detiene a pedirnos un vintén.

Nos gana el corazón este hermano pintoresco, tan difícil de encontrar ya en Buenos Aires, y le damos dos monedas argentinas de diez, porque sabe que una sola vale menos de lo que nos ha pedido.

Después de todo, es cambista al menudeo, el pobre. Sus muchos años apenas se le conocen fuera de esta larga experiencia bancaria. No muy firme, es claro, porque ha devuelto siempre mucho más. A nosotros mismos por un mísero vintén y medio nos eleva en seguida las gracias al interés compuesto de toda una eternidad. Durante un momento, somos varias veces millonarios, aunque vamos a almorzar en un restaurante cualquiera con unos escritores comunistas.

A las cinco, tras una larga sobremesa con estos ami-

gos, contentos de encontrarnos una vez más en Montevideo, nos encaminamos por la calle Colón hacia el puerto.

Ya en la cubierta del «Neptunia» en movimiento, alcanzamos a leer estas dos palabras sobre una imprescindible casilla de abajo: Gabinete higiénico. Y desde la borda sonreímos a nuestros amigos y a la innegable tradición poética del Uruguay.

II

Mientras mi mujer baja a cambiarse su ropa de calle por otra más apropiada para la cubierta, yo me voy a buscar el número de nuestra mesa que no pude recoger por la mañana.

El encargado del comedor es un italiano de mirada bizca, todo vestido de negro, que parece conceder suma importancia a su función. A mi solicitud de una mesa para dos, se cala unos gruesos anteojos de carey, revisa mis pasajes y tras de recorrer con el índice el plano de las mesas, como un generalísimo la distribución de sus tropas, me informa que no le queda ninguna, si no es en el segundo comedor.

Al parecer, no se atreve a ofrecérmela, pero yo se la acepto de buen grado, porque a la víspera había tenido ocasión de ver que en este comedor no cuelga ningún retrato del Rey ni de Mussolini.

Ante mi conformidad, el hombre se cree en la obligación de informarme que de todos modos, me ha to-

cado una buena mesa, «justo frente a la música» y atendida por uno de los mejores mozos: Gino.

Y por si fuera a hacerle alguna objeción en el futuro, me entera que la *terza* tiene todavía otro comedor; pero que allá sólo manda a la gente mal vestida y de costumbres toscas.

Lo comprendo perfectamente; pero nada le digo y salgo a describir los signos que ha puesto en el cartoncito que me ha dado.

Trece, buen número, que me justifica a posteriori, la cháchara supersticiosa del gringo.

Por suerte, en la amplia cubierta sin fin que rodea los tres comedores y demás dependencias del barco: casino, sala de música, biblioteca, etc., nadie puede establecer jerarquías de acuerdo con la indumentaria o la forma de caminar de la gente.

Como en las plazas de provincia las tardes de *retreta*, toda la población del «Neptunia» da vueltas y más vueltas al aire libre.

Lo pintoresco asoma naturalmente, por todas partes y una mitad de los pasajeros constituye el espectáculo de la otra.

Por lo pronto, contamos hasta una docena de frailes franciscanos con los pies desnudos y los vientres repletos. Algunos hablan entre ellos a gritos como para que todos nos enteremos de que se vuelven a Roma de lejanas misiones indígenas.

Uno, particularmente obeso, le enseña a tres o cuatro turcos erizados de cejas y bigotes, el saludo fascis-

ta. Su tono es al mismo tiempo protector y autoritario, como si continuara aleccionando indios.

Le cuento a mi mujer que en la revista «Leviatán» (que nombre más a propósito para recordar a bordo) viene un artículo sosteniendo que el saludo romano no era precisamente ese. Según un erudito profesor, tal saludo provendría del teatro de Shakespeare o de sus actores que así creían representar mejor a los antiguos romanos de la época imperial, cuando en verdad, imitaban el saludo que hacían los esclavos orientales.

Cuatro o cinco chicas jóvenes y bonitas caminan detrás de nosotros. Llevan todas escarapelas argentinas sobre el pecho y hablan en italiano de las novelas francesas que se proponen leer durante la travesía.

A cada vuelta descubrimos nuevas parejas de tórtolos en plena luna de miel. No es difícil reconocerlas, a pesar de que casi todas las mujeres casadas se pasean del bracete con sus maridos.

Esta cortesía que los hombres olvidan con harta frecuencia en tierra después del noviazgo, la recuperan en seguida a bordo. Claro que de tal modo no logran rejuvenecer a sus mujeres en lo más mínimo; pero sí les dan la ilusión de que pueden ser confundidas con las otras. Si no fuera, ¡ay! por los chiquillos que pasan corriendo a cada rato, enredándose en su polleras, las tomarían, sin duda, por novias o recién casadas.

Los chiquillos, por ventura, son bastante numerosos en el barco; y, naturalmente, los primeros en estrechar

relaciones entre sí. La comida ayudará, de seguro, a los mayores a imitarlos luego.

Mientras tanto, apenas alcanzamos a descubrir en uno de los bancos próximos al comedor a dos humildes trabajadores italianos que ocupan con sus familias los camarotes vecinos al nuestro, cuando entre una señorita que arrastra su perro de lanas y un caballero que contempla el mar con aire equívoco, se abre paso un mozo con una campana que llama a la primera cena.

Tendremos que hacernos a esta costumbre de comer temprano que caracteriza la vida de a bordo, obligándonos a modificar la noción del tiempo y de la luz.

. . .

Los frailes son los primeros en ocupar sus mesas. Los han puesto a casi todos juntos, en el mismo comedor intermedio que nos ha tocado a nosotros. Sólo nos separa un estrecho pasillo por el cual los mozos y las fuentes se deslizan desde la cocina con extraordinaria rapidez.

Nuestra mesa está apoyada contra una columnata del salón; pero queda «justo frente a la música» como me aseguró por la mañana el presunto generalísimo de mirada bizca. Ahora el hombre anda con sus grandes anteojos de carey a la zaga de otro funcionario moreno; pero tan alto y simpático que lo deja chiquito en todo sentido.

El mozo que nos sirve, Gino, es también muy alto,

pero rubio y casi blanco. Su físico no guarda ninguna relación con su doble tarea en el barco. Porque los pobres hacen aquí también de camareros, aunque no de las mismas personas que atienden en el comedor. (Es el verdadero secreto de la táctica que despliega el generalísimo en la distribución de las mesas).

Gino es más lento que los otros mozos; pero mucho más digno y también más sobrio. Sin duda, es un italiano del norte. Lleva su traje de etiqueta en forma impecable. Por su elegancia, podría tomársele fácilmente por un «gentleman» de cartel si no de salón. A juzgar por su sonrisa triste el hombre debe estar en lo más íntimo tan lejos de lo uno como de lo otro. Me hago la promesa de conversar con él en la primera oportunidad.

Por ahora, sólo tratamos de ubicar con su ayuda el hueco desde donde un fonógrafo muele discos de viejas óperas italianas que nos llegan a través de un amplificador que cuelga casi sobre nuestras cabezas. No como una espada de Damocles, aunque la frase lo exija, porque hay modo de evitar sus cortes a la terminación de cada comida.

Pocos lo hacen, sin embargo. La mayoría continúa deleitándose con el bel canto durante largo rato. Unos, desde el casino entre el cubiliteo de los dados; otros, desde la salita de música o desde la biblioteca contigua mientras despliegan los diarios comprados en Montevideo. No faltan los que se substraen un momento para llenar unas postales demasiado grandes que

lucen el imponente piróscafo junto a un fino velero, como para destacar más aun sus proporciones gigantescas.

Nosotros somos de los pocos pasajeros que prefieren buscar en la proa una tregua de aire libre en la rota melodía del viento y del mar.

Un aeroplano iluminado atraviesa la noche. Primero creemos que es un barco lejano que nos precede en el confín. Pero pronto notamos que ese remoto punto de luz asciende a las tinieblas con la misma rapidez con que suele caer una estrella del cielo.

III

Quiero conservar a bordo hasta donde sea posible todos mis hábitos terrestres. En primer término, lo mejor que debo a la escuela: mi vieja costumbre de levantarme temprano. Madrugo, pues, a pesar del nuevo adelanto de la hora y con mi libreta de apuntes salgo en busca de un rincón donde poder escribir sin ser visto.

La mayoría del pasaje duerme todavía y mi mujer también. Aparte de los *uffices* que lavan los pasillos y las escalas, sólo están de pie nuestros vecinos *itálicos*. Me complazco en saludarlos con un *bon giorno* en su idioma, que me retribuyen con igual deferencia en el mío.

Anoche esta misma gente conversaba a la entrada de

sus compartimientos como acostumbraba a hacerlo, de seguro, en la calleja de su casita suburbana.

Ahora uno de los hombres no consigue disimular, mientras enciende su cachimba, la extrañeza que le causa mi madrugón.

Por el puente intermedio, encuentro algunas monjas que no había visto aún. Se dirigen a la improvisada capilla, que hay detrás de una escala. Seis o siete personas rezan allí ante un pequeño altar. Un tripulante en traje de mecánico ayuda al cura en su oficio. Cuando termina la función el mismo fraile se encarga de limpiar el cáliz. No deja de llamarme la atención este detalle y lo anoto.

Hasta las nueve de la mañana puedo escribir tranquilamente en uno de los ángulos de la pequeña y solitaria biblioteca. Me hubiera gustado hacerlo en cualquier rincón de la cubierta; pero hay demasiada humedad por todas partes y el mar no se ve casi con la niebla.

Empiezo a sentir la falta de noticias de Buenos Aires. El boletín del «Neptunia» sólo trae informaciones italianas de propaganda fascista más o menos disimulada.

Antes de la prima colazione, que es para nosotros de veras el primer desayuno a bordo, busco al deck-stewart (así lo llaman, en inglés, aunque como los demás mozos es italiano) para alquilarle dos sillones plegadizos al sol.

D. H. Lawrence anota en una de sus novelas, que

a bordo, en un estrecho camarote, se había dado cuenta de las pocas cosas que el hombre necesita, realmente, para sentirse cómodo. Es, sin duda, una verdad de a puño; pero a condición de que se disponga del resto del barco.

Lo admirable del «Neptunia» consiste, precisamente, en que el espacio libre de que disponen los pasajeros en conjunto, está en proporción inversa al de sus cabinas en particular. No una plaza en el centro de una ciudad, por así decirlo, sino una ciudad en miniatura en el centro de una gran plaza. sobre el mar.

* * *

Gracias a una atención exclusiva del comandante, trepamos cerca del mediodía a la clase superior para visitar la maquinaria del transatlántico por dentro.

A través de la complicada red de escaleras de fierro, no tardamos en introducirnos desde arriba a las mismas entrañas del gigante. Ya en su base, el enorme ámbito de la usina resplandeciente de limpieza, movimiento y seguridad, se nos aparece más elevado y simple que un templo.

Todo sugiere aquí la idea de un organismo cronométrico que marcha a merced de la pura inteligencia del hombre. Sentimos casi necesidad de descubrirnos, no obstante las protestas del comandante. Así debe funcionar, de seguro el cerebro del sabio y del artista,

cuando pone en movimiento una teoría o una imagen más perfecta del mundo.

El dominio de la técnica por el hombre, supone ante todo, una liberación de la servidumbre a los elementos más sucios y primitivos de la tierra. Una cultura verdaderamente humana. Por eso, antes que las múltiples agujas y manivelas de precisión y vigilancia, lo que nos entusiasma y conmueve en esta silenciosa fábrica flotante, es la ausencia total de esclavos y forzados. Ni peones, ni capataces, ni foguistas. Unos cuantos ingenieros y mecánicos, no más, controlan toda la prodigiosa usina, que más bien parece una iglesia llena de luz natural. Desde ella se alcanza a ver realmente el cielo.

Yo había bajado, siendo niño, a las encendidas calderas de un buque a vapor y su impresión de infierno perduraba en mi memoria. No puedo, pues, de vuelta, menos que pintarle a mi mujer aquel horrible cuadro de torsos y brazos negros y sudorosos, arrojando carbón a los hornos llameantes. Es nuestro tema de sobremesa al que Gino, por cierto, no presta ninguna atención, contrariamente a los demás italianos que pasan a nuestro lado.

* * *

Después del almuerzo, el «Neptunia» se detiene en las inmediaciones de Río Grande do Sul para embarcar un contingente bastante numeroso de turistas brasileños.

Mientras éstos arriban en grandes lanchones desde el puerto cercano, algunos marineros y tripulantes se entretienen en pescar desde la popa. Atan por la cola dos peces chicos y los echan con sus cañas al mar. Este juego estúpido, cuyo truco no entendemos, los entretiene, al parecer, mucho. Nos vamos a nuestra cabina para no verlo.

El tiempo, entretanto, cambia bruscamente por segunda vez desde la mañana. Cuando regresamos nuevamente a la cubierta ya el mar, frente a la desolada costa del Brasil, está agitadísimo. De Río Grande apenas se alcanzan a ver las rompientes del puerto y más allá las cinco grandes letras negras del sombrío muro de un frigorífico norteamericano: «Swift».

Al atardecer, volvemos a viajar otra vez bajo un cielo azul sin nubes.

Con la presencia de los nuevos pasajeros, el «Neptunia» cobra, a la hora del desfile vespertino, una animación extraordinaria. Las voces portuguesas substituyen casi por completo a las italianas, y muchos parecen callar para oírlas mejor.

El paso cimbreante de las brasileñitas, al mismo tiempo que una verdadera atracción para los hombres, es una notable escuela para las mujeres, según habremos de comprobarlo después. Sólo el «generalísimo» no levanta la vista de su plano, en el honrado afán de quedar bien con todos los maridos recién llegados. Y aunque éstos, en su mayor parte van hasta los próximos puertos de Santos a Recife, dan la impresión, sin

embargo, lo mismo que sus mujeres, de sentirse los verdaderos dueños de casa, en tanto navegamos frente a las costas de su país.

A bordo se dijera que todos han recibido orden de confirmarles este sentimiento. Durante la cena, la música brasileña es la única que se nos hace oír. Una rumba telefónica, no sólo por la forma en que nos es transmitida, sino también por su gracioso estribillo: «Allo, allo, rispondí», tiene la suerte de imponerse a todo el pasaje. Hasta tarde en la noche se la baila repetidas veces en el casino transformado en dancing.

Como es sábado y se trata de la primera fiesta a bordo, también nosotros nos dejamos estar en la cubierta, no lejos de donde un franciscano está charlando con una mujer. Alcanzamos a oír este trozo de diálogo:

—¿Viaja sola, la señora?

—No, padre; viajo con Dios.

IV

Aunque suene a paradoja, lo cierto es que desde un barco se ve menos el mar que desde la costa.

Subido al puente más alto, completamente desierto en esta mañana dominical, puedo, por fin, abarcarlo en su conjunto, como si lo estuviera mirando desde una punta solitaria de la inmensa playa.

El mar tarda en entregarse al hombre que lo surca bajo el cielo cambiante de las distancias. Al principio, esa masa monótona de agua que parece agitarse rítmi-

camente en los flancos de la nave, no ofrece mayor novedad al viajero, solicitado, ante todo, por la naturaleza más curiosa del hombre. Pero, poco a poco, el mar lo va ganando a uno. Porque, en verdad, hay que aprender a contemplarlo pacientemente y a distintas horas del día.

Por lo pronto, lo que más me gusta del mar es la estela que hace en él nuestro barco. Se me ocurre un corte longitudinal del agua, como para verlo al derecho y al revés... No me canso de este espectáculo por encima de la piscina a medio llenar que, con el movimiento, ofrece una muestra imprescindible para no desviar a cada rato la vista en la comparación remota.

La estela que deja el «Neptunia» es ancha y larga, de un verde esmeralda que se irisa al sol, como una especie de pedrería fugitiva y fantástica, de la que apenas puede dar una idea aproximada la brillante cola del pavo real...

* * *

Con el último tomo de los «Cuadros de viaje» en la mano, me despabilo un resto de sueño, leyendo el capítulo de los Baños de Lucca, donde Heine hace una chispeante descripción del aire de familia que caracteriza a todo el cuerpo diplomático de Dios, a pesar de sus pequeñas diferencias.

Siempre que leo estas páginas, ya seculares, del gran poeta me sucede lo mismo: la observación más inme-

diata se encarga en seguida de confirmarme su permanente actualidad. Así, por ejemplo, mientras aguardo la subida de mi mujer para que nos desayunemos juntos, en la misma mesa servida por Gino, pasa leyendo su Biblia con fruición,—la cabeza gacha, el andar arrastrado,—un clérigo metodista a quien horas antes vi lavarse su propia camisa en la popa. Y en seguida casi se lo llevan por delante unos franciscanos apresurados que atraviesan la cubierta disputando el orden de las misas. No alcanzo a darme cuenta si es el más gordo, precisamente, quien reclama la última; pero si que hay poco acuerdo entre ellos, no obstante el sagrado vínculo que los une a la misma casa matriz de Roma.

Ya en nuestros sillones, antes de empezar el desfile matinal de la cubierta, no puedo menos que leerle a mi mujer el breve capítulo de Heine que termina con esta ingeniosa discriminación:

El cura católico camina como si el cielo le perteneciese; el pastor protestante como si lo tuviera arrendado.

* * *

Por ser domingo, la cubierta del «Neptunia» tiene esta mañana algo de *Main Street* y mucho de corso carnavalesco. No sólo las brasileñas, todas las mujeres jóvenes de a bordo parecen haberse puesto de acuerdo para lucir sus pijamas y salidas de playa como si estuviéramos en un balneario de moda. Hasta algu-

nos hombres les hacen juego en esta ostentación de prendas íntimas.

Un turquito rústico se pasea con una robe de chambre excesivamente charra, seguro de que así logra ponerse al nivel de la gente *comme il faut*. No falta la pareja uniformada de rigurosa etiqueta provinciana.

En resumen, este mundillo de pequeñas vanidades resulta más inocente de cualquier modo, que el otro menos pacato de Viña o Mar del Plata. Pero el pintoresco desfile se ensombrece de súbito con la presencia insospechada de un «camisa negra», seguido de un montón de chiquilines boquiabiertos.

Es el *condottiero* de los excursionistas que van a Italia. Un mozo alto y fornido que se pavonea satisfecho de su papel en el corso. A mi me recuerda de entrada a los mocetones que, con idéntico empaque, salían al frente de las sociedades recreativas en los antiguos carnavales de la Boca. Pero mi mujer, ajena a este recuerdo, sólo ve su insolencia agresiva y no puede disimular su disgusto.

—Por suerte—me dice—es el único.

—Los frailes, en efecto, son muchos más—le respondo.

—Pero no aprietan tanto la boca, ni llevan la mirada tan dura...

—Sin embargo, están más cerca de Mussolini que de San Francisco. El Duce es el verdadero patrón de todos.

Nuestro diálogo se interrumpe de pronto. Un purpurado que viaja en la clase superior o de lujo, desciende por una escala que hay junto a donde nosotros estamos, seguido del capitán del «Neptunia». Algunos pasajeros que lo divisan desde lejos corren a su encuentro. No tardan en rodearlo también casi todos los frailes de a bordo. Pero antes que a nadie el prelado da a besar su anillo al «camisa negra» que por cierto casi se cae al hacerlo con cierta rigidez militar.

Después, su Ilustrísima sigue ofreciendo el anillo a cuanto pasajero hace el menor signo de reverenciarlo. Desfilan hombres y mujeres sin apuro. Por último, el capitán viendo que la cosa se vuelve interminable y hasta divertida para muchos, como cualquier minucia a bordo, termina por llevarse al del capelo por la misma escala por donde lo trajo, dejando sólo ver sus medias violeta a dos viejitas arrodilladas que sin duda no se han atrevido a abordarlo.

* * *

Este espectáculo inesperado de un obispo en el corso de la terza nos hace olvidar a todos, el cortejo ya conocido de las brasileñas. Dejaron de constituir una atracción demasiado pronto. Por lo demás, están llamando al comedor a la misma hora temprana de ayer. Sin embargo, los tallarines humeantes hacen presente el domingo en todas las mesas.

Las cartas del menú litografiadas en Italia con dis-

tintas ilustraciones a las que sólo se agrega en la imprenta de a bordo la fecha y el orden de los platos, destacan hoy unos canónigos en la tapa.

—Estos han comido muchos tallarines, al parecer— le digo a Gino, por broma. Hace como que no me entiende; pero al terminar el almuerzo, mientras los verdaderos frailes de carne y hueso salen a la cubierta, me ofrece, no sin malicia, el cromo como si me lo hubiera olvidado. Muchos se lo llevan en efecto, de recuerdo; pero yo lo rehuso y Gino, sonríe enigmáticamente.

Los comilones franciscanos le hacen, de seguro, tanta gracia como a mí. Apenas lo deja sospechar, sin embargo.

Después del café, la gente se apresura a ocupar los asientos del casino donde se anuncia una función musical. Por nuestra parte, nos vamos en busca de nuestros sillones para continuar la lectura del libro de Heine en algún rincón tranquilo del barco. Si Gino supiera bastante el castellano, se lo obsequiaríamos después de releerlo. Pero, a lo mejor, lo comprometemos ante sus jefes.

Poco a poco, el calor va desalojando a los aficionados del improvisado concierto y la cubierta vuelve a llenarse de toda clase de gente. Echamos de menos a los frailes; pero, seguramente, están durmiendo la siesta.

La literatura no corre mejor suerte que la religión y la música a bordo. Vemos con libros en las manos a gentes que es difícil imaginar con ellos si no es por e aburrimiento.

Los chicos son los que más gozan las delicias del viaje. Tienen la amplia cubierta para recorrerla en pandillas y además una buena parte de la popa para jugar a los escondites entre los automóviles revestidos de lona.

Al atardecer, nos llama particularmente la atención una ronda que cantan unas niñas cerca de una mujer sentada a nuestro lado. La mujer debe ser una judía de Marruecos o Salónica, porque les hace algunas correcciones en un castellano arcaico.

El romance que cantan las niñas es uno de esos romances españoles que los Conquistadores trajeron a América y que nosotros mismo cantamos en nuestra infancia.

También en esto, como al principio, en la conversación, las criaturas dan el ejemplo a los mayores. Por la noche, después de la comida, algunas muchachas brasileñas entonan en coro varias canciones de su tierra que son muy celebradas por sus casuales auditores frente al mar.

Pero del Brasil y de su expresión más o menos auténtica, vamos a tratar por separado al referir nuestra visita a dos de sus principales ciudades: San Pablo y Río de Janeiro.

Mientras tanto, volvamos al reflejo de los días que siguieron a bordo del «Neptunia» hasta nuestro feliz arribo a Gibraltar.

V

Una vez alejados del continente americano, observamos un cambio muy notable a bordo. Concluída la dispersión de los puertos y el continuo subir y bajar de la gente brasileña, el pasaje restante, unido a una misma perspectiva de siete días de cielo y mar, parece sentirse reintegrado a un común destino europeo.

Desde luego, el *Allo, allo, rispondí*, con que el generalísimo nos regalara los oídos desde Río Grande a Pernambuco fué archivado hasta la próxima vuelta. Del Brasil sólo nos sigue, en el aire, una exquisita ráfaga de olor a tabaco y café, proveniente de las recargadas bodegas del barco, y en la cubierta, una media docena de macaquitos, comprados por otras tantas mujeres sin hijos en el último puerto.

Como todo el mundo ocupa ya una posición definitiva en el curso, resulta fácil ubicarlos en los hombros de sus dueñas, casi siempre rodeadas de chiquillos, ávidos de provocar las gracias de los micos.

A ratos los corrillos alcanzan tal magnitud que el *deckstewart* procede, bastón en mano, como los polizontes en las calles de las ciudades bajo el estado de sitio, aunque sin detener a los agitadores...

* * *

En el comedor, donde antes sólo era posible identi-

ficar a los frailes de mayor bulto, ahora cada cual se puede familiarizar, cuando menos con sus vecinos de mesa. Nosotros mismos, a pesar de nuestra reserva, terminamos por hacerlo con un matrimonio italiano que come a nuestra derecha con dos niñitos de corta edad, llamados Bruno y Vittorio, como los hijos del Duce.

El padre, un joven oficial de marina agregado al servicio diplomático del reino, acostumbra por las mañanas a enseñarles en la cubierta el manejo de un cañoncito de juguete que dispara cohetes en vez de balas, echando un poquito de humo tras de cada detonación. La madre, una muchacha lánguida, de aspecto enfermizo, les llena más tarde las cabecitas de inocentes cuentos de príncipes.

En recompensa de ambas cosas, nosotros gustamos de obsequiarles dulces y frutas confitadas cada vez que los encontramos a mano.

Gino les sirve en el comedor al mismo tiempo que a nosotros, y a menudo nos entretenemos en hacerles señas amistosas entre plato y plato para que no se aburran. Los intervalos suelen ser, por lo general, demasiado largos, porque tenemos cerca dos mujeres de gusto muy difícil. Una, particularmente fastidiosa, que llega siempre tarde, quejándose de dolor de cabeza. Pero Gino nunca se impacienta con sus explicaciones inútiles. La atiende con la misma solicitud que a todos.

A mí me gusta cada día más este hombre de pocas y precisas palabras, con una idea exacta de su deber en el barco. Por segunda vez, me hago el propósito de

abordarlo en algún momento oportuno para darme cuenta de su verdadero carácter.

Durante las comidas, resulta imprudente cualquier pregunta ajena a su oficio. Sin embargo, una noche, antes de terminar el pranzo no puedo menos que inquirirle indirectamente su noción del tiempo que vivimos.

—¿Qué quiere decir—le digo—este número XIII en signos romanos que viene junto a la fecha en las cartas del menú?

—¿Es el número de la «jetta», acaso?—me ayuda mi mujer con la clara intención de desviar el sentido de mi pregunta.

—No, «signora»—le niega Gino muy serio con la cabeza. Y volviéndose a mí:

—Es el año de la era revolucionaria.

—¡Ah, entonces está mal!—le replico, al mismo tiempo que encajo con lápiz una V después de la X y le muestro. —Tiene que ser así.

—No comprendo—concluye Gino—mirando hacia todas partes. Y se va.

Pero, tanto mi mujer como yo, nos quedamos con la certeza de que el muy listo se ha dado perfecta cuenta de lo que queríamos decirle. En el temor de acarrearle algún disgusto, nos llevamos, por si acaso, el cromo que en lugar de los consabidos canónigos trae esta vez el frontispicio de un convento.

A la mañana siguiente, la cara impasible de Gino no revela el menor rastro de nuestra indiscreción de la

víspera. Sin embargo, exagerando la prudencia, apenas le hablamos, aunque por la tarde, en el simulacro de abandonar la nave nos toca salvarnos en su compañía.

Llegamos casi al mismo tiempo al punto que nos señalaron en la cubierta; pero como hay otros mozos con Gino, nos quedamos en silencio, a un lado, esperando la llegada de los que faltan para completar el hipotético bote.

Por una asociación fácilmente explicable en estas circunstancias, pienso en una página de «Los falsos monederos», referente a un naufrago, que el mismo André Gide acaba de recordar en un debate intelectual de París.

El ensayo o simulacro de abandonar el «Neptunia» fracasa lamentablemente. El mal tiempo impide hacer una demostración práctica de eficacia por parte de la tripulación. Además, la mayoría del pasaje, a pesar de las advertencias propaladas desde temprano, no acierta a presentarse con sus salvavidas en los lugares indicados de acuerdo con el número de cada camarote. Las monjas hasta parecen ignorar la existencia de tales aparatos en sus roperos y se presentan todas juntas en la cubierta, sólo con sus rosarios.

Cuando la sirena hace oír su primer llamado, realmente impresionante, una gran inquietud se apodera de ellas y de los pasajeros aun más remisos, que se han quedado en el puente intermedio o en sus cabinas.

Por todas las escalas llegan hombres y mujeres corriendo, con el espanto y la sorpresa consiguientes.

Al segundo toque, el desconcierto es todavía mayor, debido a los gritos y a las risas de algunos chuscos que hacen ademán de arrojarse al agua.

Una familia judía irrumpe en la cubierta presa del pánico, como huída de un «pogrom». Los oficiales y tripulantes luchan en vano por restablecer la calma. Mientras la sirena continúa sus quejumbrosos llamados de auxilio, resulta casi imposible apaciguar a cierta gente. Algunos creen que con el mal tiempo el «Neptunia» está de veras en peligro y que pronto nos vamos a hundir todos.

Al fin, después de cumplirse prolijamente los toques reglamentarios, según la «Advertencia» tantas veces leída por nosotros en el pizarrón de la cubierta, el ensayo termina entre bromas a los más asustados.

Un turquito que se ha hecho notar ya por sus excentricidades, baja las escalas enarbolando su salvavidas y al grito de ¡Viva Italia!

Por la noche nadie se acuerda ya del salvataggio. No se habla de otra cosa que de la fiesta con motivo de nuestra llegada al trópico.

VI

Hasta la víspera de nuestro paso por la línea ecuatorial no volvemos a darnos otra vez con Gino en la cubierta. Esa noche, antes de concluir la función del

Dopolavoro que nos había corrido con una revista bataclánica a cargo de una docena de tripulantes gigantescos, disfrazados de girls, lo encontramos por casualidad junto a una puerta del casino y, naturalmente, no podemos menos que hablarle con desprecio de dicha institución recreativa que los obreros italianos de cualquier oficio están obligados a formar después del trabajo.

Mucho antes de salir de Buenos Aires habíamos oído elogiar el Dopolavoro y estábamos más bien dispuestos en su favor, creyendo que se trataba de una iniciativa destinada a cultivar las innegables dotes artísticas del sufrido pueblo italiano. Pero el Dopolavoro del «Neptunia» con su chansonnier de segunda mano y su conjunto grotesco de bailarines de película yanqui nos lleva al convencimiento de que se trata de una manera más de brutalizar a la gente haciéndola sentirse moderna... Es lo que le decimos a Gino, tras de cerciorarnos de que no hay testigos a nuestro alrededor. El mozo parece entendernos esta vez; pero se encoge de hombros resignado para decirnos en voz baja y sin mover las manos casi:

—Son mis compañeros. Tienen mucha tarea a bordo. El Dopolavoro es una distracción. Ma...

—También de encargo y a gusto de otros—completa mi mujer.

El mozo sonríe tristemente.

—De qué lugar de Italia es Ud., Gino—le pregunto a mi vez.

—De Trieste, signore, como casi toda la tripulación del «Neptunia».

—¿Y no tienen ustedes canciones populares, acaso? ¿Cómo imitan a los demás siendo tan nacionalistas?

—De tener, tenemos y muchas. Cantos de marinería. Pero están prohibidos.

Y tras de estas palabras, Gino nos hace una seña amistosa con la mano.—A rivederci.

Y se va como quien se ha excedido o teme excederse quedándose.

Nosotros nos dejamos estar un largo rato apoyados en la barandilla, escuchando en silencio los confusos ruidos del barco y del mar. La noche es obscura y las olas casi negras, se deslizan pesadamente en el flanco, como si el «Neptunia» hubiese disminuído su velocidad habitual.

Cuando concluye el espectáculo del *Dopolavoro* la cubierta se llena por un momento de pasajeros como una calle nocturna a la salida de un teatro; faltan los autos solamente, que siguen amarrados en la popa, bajo las lonas. Nosotros nos encaminamos también hacia nuestros camarotes, llevándonos en secreto la triste sonrisa de Gino. El hombre que evidentemente no es un comediante merece nuestra simpatía y nuestra estimación.

• • •

Llevo ya muchas páginas escritas en torno de Gino y de nuestro ridículo mundillo de a bordo que es, en

verdad, una reproducción en miniatura del otro. Hoy, sobre todo, no he dejado de mover la pluma desde temprano a causa de la lluvia que me tiene preso en la pequeña biblioteca atendida por el mozo encargado de su higiene y que seguramente es analfabeto, porque a la única lectora de la colección completa de Zola, en italiano, no le pregunta que título, sino que número. Creo que anda ya por el docece...

La gente se aburre con este tiempo, no hay duda, y trata de matarlo, según dice, en cualquier forma, jugando a los naipes, principalmente. El casino desborda de jugadores hasta la sala de música. No faltan los ajedrecistas. Un chico judío de poco más de diez años juega con su padre, rodeado de muchos mirones. A lo mejor, es un futuro campeón. Las mujeres tejen, conversan y cuidan que sus críos no corran por la parte mojada de la cubierta.

Mi *piccola madonna*, como ayer se la ha nombrado graciosamente Gino a otro mozo, asoma de cuando en cuando a ver el mar cribado por la lluvia, pero el viento la corre detrás de las lonas, restalladas asimismo hacia adentro.

Después del almuerzo, ya fuera de la región de la lluvia, seguimos con la vista el trabajo de las hélices. Son potentes y rompen las olas de los flancos con estruendo, dejando entrever un verde purísimo y tan suave que parece aéreo.

Estamos a la altura de Dakar, según la carta geográfica que cuelga cerca de la comisaría de a bordo.

Mañana pasaremos delante de Las Palmas. Este viento que sopla con tanta furia es quizá, la primera voz del Viejo Mundo que nos llega, clamando inútilmente desde el desierto.

La cubierta recobra al sol su aspecto de todos los días. Ahora parece una calle de barrio, porque está menos limpia y porque los chiquillos se han quitado sus guardapolvos y juegan al rango en camiseta. También contribuye a esta impresión suburbana, un viejo de sombrero raído que se acerca a pedirme un cigarrillo y me hace el efecto de un limosnero. Hay unos cuantos viejos así a bordo. Se vuelven de América tan pobres como han llegado y sin el tesoro de su juventud. Se acuestan a veces en los bancos de la cubierta, como en las plazas de los pueblos o pasean por los puentes doblados, vencidos, mascando su tabaco y profiriendo algo ininteligible entre dientes que a menudo es el grito estereotipado de *P o r c a A m e r i c a*.

Los gringos triunfadores están naturalmente representados por un mayor número a bordo. Hay uno que parece salido de un sainete. Usa gorra de comandante y traje de brin color crema que de seguro le iba demasiado amplio en su remota juventud; pero que ahora le resulta estrecho y corto. Nos hace gracia pensar que es un tendero enriquecido que se ha pasado la vida detrás del mostrador cortando de menos a sus clientes y hoy discute con su consorte la parquedad de su propia indumentaria...

• • •

Al atardecer el océano, no obstante su vastedad, parece un lago por lo tranquilo; uno de esos grandes lagos australes en sus momentos de reposo. El cielo es de un color azul pálido y con ligeras nubes blancas y bajas.

Nos estamos acercando a las Islas Canarias, aunque no se ve todavía tierra por ningún lado. Un pájaro solitario vuela en la misma dirección del «Neptunia». Es apenas un punto brillante al sol con dos alas oscuras. Vuela muy bajo a ratos, casi al nivel del agua. Durante un cuarto de hora, por lo menos, seguimos su trayectoria en el espacio. Nos terminan por doler los ojos de tanto fijarlos sobre la misma línea movable; pero por nada del mundo quisiéramos perder el derrotero del intrépido pajarito. Quién sabe desde donde viene volando. Sin duda, somos los únicos pasajeros enterados de su hazaña. Por dos veces, el pájaro se nos pierde con la disminución de la luz; pero tras un esfuerzo volvemos a ubicarlo a la misma distancia y altura del barco. Por último, se hunde definitivamente en el cielo ya anochecido, y nos quedamos para siempre con su recuerdo. Durante la comida, hacemos partícipe de su aventura a Gino. El hombre nos retribuye la atención informándonos acerca de una fiesta de bautizo que se va a realizar a bordo, con motivo de nuestro paso, ya olvidado, por la línea ecuatorial; fiesta que según dicen, no pudo realizarse antes a causa de la lluvia.

VII

Esta mañana una parte de la tripulación se dedica a repintar de blanco los palos del «Neptunia». En fila india cerca de veinte marineros pasan a recoger sus tarros y pinceles delante de un oficialito a quien saludan a la romana; pero no en la forma marcial que lo hacen sus imitadores tudescos, sino con cierto desgano, como por obligación.

Los marineros lavan los palos y repintan las cuerdas sentados en unos trapecios de cuyos extremos penden dos baldes: uno de agua y otro de pintura. Ellos mismos se izan con un cordel céntrico que manejan a voluntad. El procedimiento que data, sin duda de varios siglos, me hace un curioso efecto de juego y de trabajo forzado. Lo primero, debido a las vagas melopeas que entonan los marinos mientras pintan y lo segundo por la serie de movimientos torpes a que los obliga la curiosa autoascensión en el aire.

El barco tan cuidado por ellos parece hoy más humano que sus propias personas y para la empresa, de seguro, un palo importa mucho más que un hombre.

Sigo su trabajo desde el puente superior del «Neptunia», viendo al mismo tiempo como otros marineros descalzos baldean violentamente el piso de la proa. Es una clara mañana de sol y el día promete ser muy caluroso. Siento como nunca la íntima relación que existe entre el hombre y el mar.

Nada, en efecto, da tanta idea del Todo como el agua. Muy a lo lejos, el mar parece una lámina gris y uniforme. Pero posando atentamente la vista se ven asomar al sol los millares de ojos de las olas. Un guiño, apenas y otro y otros. Así hasta las olas que llegan a las rompientes del barco, se irisan un momento con los colores de la luz y brillan con todo su esplendor en la estela, antes de perderse otra vez en el gran Todo del mar.

Aquel poeta inglés que hizo grabar sobre su tumba: *Here lies one whose name was write in water* para significar la fugacidad de su paso por la tierra no dejaba de saber que por estas mismas palabras quedaría para siempre en la memoria de los hombres.

Es el recuerdo de su momento de esplendor, cuando el corazón se le rompía como una ola contra los flancos de una nave, lo que continúa brillando ininterrumpidamente en nuestra visión. Ha pasado el poeta, pero no la poesía. Es decir, la ola no el mar.

El mismo epitafio de John Keats tiene ya sabor de siglos con haber sido el poeta un hombre relativamente de nuestro tiempo. La comparación de lo efímero con el rastro pasajero no ya del hombre en la tierra, sino del pájaro en el agua, es antiquísima. Viene de la Biblia. Y es por cierto, una de las imágenes más perdurables de la literatura de todos los tiempos.

• • •

La ceremonia del bautizo, anunciada por Gino, tiene lugar en la proa antes del mediodía. Con su tridente y sus luengas barbas fluviales el dios Neptuno hace su aparición en la terza seguido, no sabemos por qué de un par de «salvajes» embadurnados de chocolate, quizá en recuerdo de América. Empieza por leer con voz engolada y solemne una larga jaculatoria en italiano. Luego llama a su improvisado trono, en la escotilla, a cuantos confiesan no haber atravesado antes la línea ecuatorial.

Uno tras otro, desfilan los neófitos ante el viejo hijo de Saturno que es asistido en sus funciones menos decorativas por el comisario y el generalísimo del «Neptunia».

Primero reciben el bautizo los niños cuyas cabecitas son rociadas apenas por unas cuantas gotas de agua antes de serles entregados los juguetes conmemorativos. Después les toca el turno a las mujeres y la dosis de agua aumenta ligeramente con el valor de los obsequios. Por último, los hombres que son los menos reciben una cucharada de agua y un diploma. El turquito del salvavidas que durante todo el tiempo se estuvo haciendo el loco en su impaciencia, es llamado al final de todos. El dios Neptuno lo recibe con la misma cortesía que a los otros neófitos; pero cuando el pobre diablo inclina la cabeza para recibir a su vez la cucharada de

agua le vuelca encima toda la pila. Y la fiesta concluye con esta nota jocosa que es celebrada ruidosamente por grandes y chicos, pues el turquito se estaba ya pasando de listo.

• • •

Desde el comienzo de la ceremonia, yo no tuve la menor duda de que el justiciero dios Neptuno no era otro que Gino, pero nada le quise decir a mi mujer hasta la hora de almuerzo, a fin de que se lo pudiera confirmar el mismo mozo.

Recuerdo perfectamente la sonrisa triste del hombre y su mudo asentimiento a la negativa de la que él llamara una vez la *piccola madonna*.

No era para desengañarse, en verdad. Después de todo, le había resultado más fácil a Gino pasar ante nosotros por un hombre que por un dios. En esto se distinguía fundamentalmente de sus compañeros del *Dopolavoro* que no alcanzaban a establecer siquiera diferencia entre lo que eran y lo que se veían obligados a representar... Pero dentro de la ópera montada por Mussolini cada italiano se ve obligado a fingir un papel y nuestro mozo no podía escapar íntegramente a la dura ley.

De cualquier modo, la ceremonia del bautizo había proporcionado un rato de cordialidad a todo el pasaje. Y si bien es cierto que sólo yo lo había identifica-

do debajo de su disfraz de Neptuno, tal vez baste para hacer llegar su verdadera imagen, sino a todos los que fueron nuestros compañeros de viaje a bordo del piróscafo, a algunos otros que están más cerca de nuestro corazón.